

Concurso
Pintura y literatura
para abogados

*Cuentos
Cortos*



CAJA ABOGADOS
Provincia de Buenos Aires
Un compromiso solidario

70 AÑOS
1947 - 6 de noviembre - 2017

ÍNDICE

Ganador	Páginas
“Lo que no voy a contar” Dra. Silvina Sartelli..... Departamento Judicial La Plata.	1 - 3
Mención	
“Rótulos” Dr. Miguel Eduardo Redélico..... Departamento Judicial Azul.	4 - 7
Finalistas	
“Aniversario” Dr. Héctor A. Auletta..... Departamento Judicial Lomas de Zamora.	8 - 10
“Corte de pelo” Dr. Sebastián D. Longhi..... Departamento Judicial Avellaneda – Lanús.	11 - 15
“Cuproníquel” Dr. Miguel Eduardo Redélico..... Departamento Judicial Azul.	16 - 21
“Enfrascada” Dra. Silvina Sartelli..... Departamento Judicial La Plata.	22 - 23
“Vení que te cuento” Dr. Sebastián Gabriel López Sosa..... Departamento Judicial San Martín.	24 - 27

LO QUE NO VOY A CONTAR

Hoy a la madrugada encontraron el cuerpo de Astor Hatcher en el amarradero del Club Regatas. La comisión directiva no hubiera querido que la noticia se divulgara con tanta rapidez, es que Hatcher era un socio de antaño y uno de sus más activos colaboradores. No hay dudas de que lo mataron allí mismo, solo unos pocos autos entraron al establecimiento durante la noche y se cree poco probable que su cuerpo haya estado escondido en algún baúl o en la propia guardería de botes durante toda la tarde.

El interrogatorio comenzó muy temprano por la mañana. Primero fue el turno de algunos empleados del club: el mozo y el cocinero, el agente de seguridad de la entrada, en ese orden. Tampoco pudieron escapar de las preguntas de rigor quienes a la hora probable de muerte aún estaban en el club por diversas razones. Yo, Juan Fleitas era uno de ellos.

La silla de plástico donde ahora estoy sentado tiene las patas desaparejas. Con los codos apoyados sobre el escritorio de metal despintado, el agente me mira como si fuera a atrapar a su mejor presa.

Y dice: ¿Usted estuvo anoche en el club, verdad?

Le contesto que sí, que estuve.

Y dice: ¿Recuerda a qué hora llegó aproximadamente? ¿Fue solo?

“Dos preguntas en una”, pienso, mientras habla y gira la lapicera entre los dedos índice y pulgar. Le respondo que no recordaba la hora exacta pero que ya era de noche cuando dejé el auto en el estacionamiento. Y agregó que fui solo.

Me mira con ojos de gallina asustada antes de ser degollada. Quiere más. Le salen los colmillos.

Y dice: Según la información que tenemos usted conocía desde hacía tiempo al Sr. Hatcher. ¿Esto es así?

Antes de contestar me tomo una pausa, larga. Y recuerdo cómo lo conocí a Astor. La demora en mi respuesta lo impacienta y me reitera la misma pregunta en tono más grave. Le digo que lo conocía desde hacía 20 años, o quizás más.

Es evidente que quiere más detalles. Y me dice: ¿Puede darnos más información?

“No”, le respondo.

Sinceramente no creo que sea necesario para resolver el crimen que él sepa que conocí a Astor en las gradas del Club Almafuerde. Yo corría maratones por aquella época y entrenaba en las escalinatas. El hacía lo mismo, y solíamos coincidir en el horario. Un día nos pusimos a hablar de fútbol en un descanso. Así lo conocí. No entiendo qué importancia tiene.

Y dice: ¿No quiere o no puede? Miré, Sr. Fleitas, el que tiene que decidir si eso es útil para la investigación soy yo. ¿Podría decirnos cómo lo conoció?

Claro que puedo. Le digo que sí, que puedo y aunque no lo considerara relevante se lo iba a contar. Pero le miento. Armo una historia sobre un supuesto hobby que compartíamos con Astor: la pesca con mosca. Le cuento que lo conocí en un torneo y que a partir de allí organizábamos frecuentes paseos a lagunas y ríos cercanos en lancha. No sé si me cree pero se lo relato con tal convencimiento que hasta yo mismo llego a creer la historia. Yo sabía muy bien que a Astor no le gustaba navegar y menos aún pescar. Muy pocas personas lo conocían tan bien como yo y este sujeto no tiene por qué meterse en nuestra historia. Y me parece una ironía que lo encuentren muerto precisamente en un amarradero.

Y dice: ¿Y qué relación lo unía con el Sr. Hatcher en la actualidad?

Ni dudo en decirle que la misma desde que lo conocí, la amistad. Ninguna otra. Eso sí era verdad. Creo que espera otra respuesta, pero de mi parte no la va a tener. Eso también va a quedar para mí.

El que está sentado junto a él frunce el ceño. Me mira, desconfiado y aprovecho para pedirle un poco de agua, lo que lo desconcierta y ante la imposibilidad de negarme ese derecho, sale de la habitación.

El comisario sigue. Se muestra cansado y fastidioso. Y dice: ¿qué hizo esa noche en el club?

Le respondo que fui al restaurant, comí rabas -las que son para recomendar- pedí unas latas de cerveza y cuando terminó el partido que estaban pasando por la televisión, me fui. Pero antes pasé por el vestuario, agrego. Me doy cuenta de que esa parte le interesa, especialmente. Entrar en plena noche a un vestuario de un club es siempre sospechoso y él necesita eso: sospechas. Por eso, como era de esperar me pregunta lo que yo ya sabía.

Y dice: ¿puede decirnos a qué fue al vestuario y cuánto tiempo estuvo allí?

Tomo dos tragos de agua antes de responder, como si con eso pudiera pensar mejor y ser más exacto en mi respuesta. Le digo que fui a revisar mi locker y que tardé no más de 15 minutos. Esa parte sí es verdad. Cuando dejé el restaurante recordé que allí tenía guardado unos papeles y una credencial que necesitaba para hacer unos trámites al día siguiente.

Y dice: ¿por qué necesitaba revisar su locker a esa hora?

Tampoco me parece que esto sea trascendente para llegar a buen puerto, y menos aún que sea de su incumbencia, por lo cual le digo que me reservo la respuesta porque todo lo que tuviera que ver con lo que guardo en mi locker pertenece a mi intimidad.

Faltaba que escuchara algo así para que sulfure ira. La lapicera gira entre sus dedos con más velocidad que nunca. Da un puñetazo sobre el escritorio y me amenaza con que me va a detener por obstaculizar la acción de la justicia. A mí no me importa, yo simplemente tomo agua. Le digo que es todo lo que tengo para decir, y que es una pena que no haya sido útil a sus investigaciones.

No solo lo que guardo en el vestuario es asunto mío. También lo que allí vi. Ni bien entré, pasadas las 23hs, escuché una conversación entre dos hombres. Eso no tiene nada de extraño, pero reparé en esa charla porque una de las voces me resultó familiar. Cuando estaba acercándome al

locker, me di cuenta de que la voz era la de Astor. Estuve a punto de pronunciar su nombre e ir a saludarlo pero justo en ese momento me asomé entre una fila de roperos y lo vi. Y lo que vi fue a un hombre besando a otro hombre. Regresé en silencio, y durante el camino trataba de digerir la imagen de mi amigo besando otra boca que no fuera la mía. Pero eso es algo que tampoco le voy a contar, y no porque me involucre a mí, eso es lo de menos, sino porque también lo compromete a Astor y no permitiría que ensucien su memoria, ni voy a ser justamente yo el que contribuya al chisme.

Ahora sigo en esta silla de mierda, con frío. El comisario que cree que con el interrogatorio estúpido va a poder sacar alguna conclusión sobre este crimen injusto. Como si él fuera el único interesado en averiguar lo que pasó. Yo estoy tanto o más interesado que él. Pero eso tampoco se lo puedo decir. Si había un tipo que no merecía morir ese era Astor. Me molestó lo que vi, mucho, pero jamás le hubiera deseado nada malo, no hubiese podido. Y por más que este infeliz me pregunte qué hice, adónde fui, a qué hora, nunca va a saber cómo me siento. Ni se lo imagina. Y eso tampoco se lo voy a contar.

Geranio
Dra. Silvina Sartelli

RÓTULOS

Entré al segundo año del secundario con el ciclo lectivo ya iniciado y, aunque el profesor Cepeda no daba ninguna de las materias en mi plan de estudios, fue una de las primeras personas cuyo nombre no tardé en retener. El tipo, un barrigón corto de vista, de poco pelo y menos pulgas, tenía una fama ganada y no sólo entre el alumnado.

-Es un hijo de mil putas –me lo definió el colorado Bafka en mi primera tarde.

Habíamos llegado a Colonia Salto, una pequeña ciudad olvidable como tantas otras, una mañana de un inesperado frío polar en abril, y al otro día concurrí a mi primer día de clases. Mamá ya había averiguado que aquélla era la mejor escuela de las cuatro secundarias públicas que había en esa ciudad de unos quince o veinte mil habitantes y si algo deseaba ella de mi educación golondrina era que al menos tuviera una exigencia no menos que razonable. Papá había desarrollado una buena habilidad en el manejo de ciertos programas informáticos y, de tanto en tanto, el banco lo trasladaba de una sucursal a otra para capacitar al personal. El desarrollo de la computación era prehistórico si comparamos con el presente, y apenas había dos o tres máquinas por sucursal, que, por lo general, casi todos los empleados miraban con una mezcla de fascinación y temor.

La movida por pequeños pueblos con aires de gran ciudad implicaba una diferencia económica que convencía a mamá como para soportar el sacrificio de melancólicos atardeceres y vínculos vacíos o efímeros. Promediaba la década del ochenta y las distancias a la Capital aparentaban mayores que hoy. Yo todavía no me había desmoronado anímicamente por el desarraigo y encontraba placer en reinventarme en cada pueblucho en el que caía como paracaidista.

Una profesora de Cívica me presentó ante el grupo sin mucho protocolo ni entusiasmo y me senté en el único banco disponible, adelante y contra la pared. Apenas se veía el pizarrón. Los primeros días eran los menos aburridos. Todos mis sentidos se concentraban en reconocer el terreno y establecer amistades interesantes. Prefería aquellas compañías de moderado perfil, ya bastante queda uno expuesto cuando es “el nuevo”, y cuidando no quedar pegado a un “clavo” o “plomo”. Ese día o el siguiente fue suficiente para ya tener alguien con quien hacer más llevadero todo. A veces no era tan fácil y tachaba los días que faltaban hasta que a papá le asignaran un nuevo objetivo.

-¿Te gusta el pueblo? –me preguntó Pacheco, un flaco que recuerdo alto como un árbol, en uno de los recreos. Un interrogante que tarde o temprano siempre alguien me hacía.

-Sí –mentí-. Pintoresco.

-Tuviste suerte de venir a caer a esta escuela –dijo Bafka -. En las otras, los flacos son todos maricones.

-Sí, es cierto –agregó Ferrutti -. El colorado y Pacheco se equivocaron, por eso se anotaron en ésta.

-Mirá vos, tu hermana no dijo lo mismo anoche –retrucó el árbol con la obviedad esperable.

Cuando entrábamos de nuevo a clase, luego del timbre, nos habremos cruzado en un pasillo con el tal Cepeda, profesor de Química en los años superiores, terror del alumnado, y el colorado dijo lo que dijo. También eso se repetía siempre: alguien me advertía sobre un cretino que mejor no cruzarse.

-¿Jodido? –pregunté.

-Como el que más.

Con el correr de los días escuché leyendas y anécdotas sobre el tal Cepeda. Ninguna me alteraba y antes de empezar el próximo año de escuela ya estaríamos quién sabe dónde.

Al parecer la reputación del tipo se extendía también entre los demás docentes. Una tarde, Santorli, de biología, nos reprendía por los bajos resultados en algún examen suyo.

-Conmigo no es difícil aprobar –nos decía con falso tono de indignación -. Pero milagros no puedo hacer. Sólo les pido que repasen un poco de vez en cuando, máxime si hay un examen cerca. Yo no soy de los que desaprueban por la cara o el apellido, eso lo dejo para otro. Estudien y les va a ir bien –aconsejaba como superhéroe, y uno ya imaginaba quién era su villano.

Alguna vez vi a alguien en el baño, enjuagarse la cara, con los ojos vidriosos tras una clase con Cepeda. Los comentarios que hacía ante un examen en blanco o una lección oral plagada de silencios eran fuleros, decían. No le importaban las excusas y nada lo conmovía. No sé qué hacía el tipo ahí dentro ni con qué ganas, pero supuse que habría perdido su último tren y quedó donde quedó, masticando bronca hasta el último aliento.

Me fue bien aquel año. Todavía estaba bajo el control de mamá y yo le respondía con notas dignas. A veces salía a dar vueltas con los chicos, y de ese año de mi vida también fue mi primera novia, una morocha aceptable que me duró sólo un par de semanas, pero eso no tiene nada que hacer con este relato.

Una tarde nublada pero no muy fría cuando ya se adivinaba la primavera volvía caminando solo. Los amigos habían quedado en el veredón del Cholo. El Cholo era un viejo que tenía un kiosco a la vuelta de la escuela. Vendía gaseosas cuando hacía calor y en invierno llevaba termos con un café maravilloso. Todavía no eran tiempos de máquinas a monedas. El local tenía un veredón a la sombra de un árbol, con un cordón que preferíamos para sentarnos en lugar de hacerlo en un banco de madera que hoy sé que era mil veces más cómodo. Ese día mamá esperaba a un tipo que iba a revisar un desperfecto en el lavarropas o la heladera, no recuerdo, y me quería de regreso temprano, para que hubiera con ella “un hombre de la casa”.

No había movimiento en la calle y ya oscurecía. Casi todos los cursos habían terminado su clase una hora antes y nosotros, por única vez a la semana, estábamos ahí dentro hasta el último turno. Me despedí de los chicos y enfilé para casa lamentando el divertido programa que había armado mi vieja. No agarré por la avenida como cuando íbamos en barra y tomé por la calle larga de los galpones municipales, que era el camino más rápido. No era el único que lo transitaba. Más adelante, a la distancia, se veía algún alumno que no era de mi barra y un poco más atrás vi que venía alguna que otra persona que debió haber entrado en un estacionamiento o un zaguán. Un coche dobló más adelante, venía de la cortada, dos cuadras arriba, y después una barra de tres o

cuatro muchachos se acercó al flaquito que iba más adelante caminando solo, lo abrazaron y lo cruzaron de vereda, hacia el paredón. Recién cuando estuve a veinte metros noté que se trataba de Porteli. El mudo, le decíamos. No hablaba con nadie y sus calificaciones eran del montón. No molestaba y por eso nadie se metía con él, pero los demás, silenciosamente, sentíamos algo que ni llegaba a ser pena. Cuando pasé a la altura de donde estaba miré de reojo. Uno le pasaba el brazo por el hombro y lo aferraba, como un amigo que confiesa un cariño fraternal una noche de año nuevo. Los otros lo abordaban como si fueran a pedirle un autógrafa. Pero Porteli, el mudo, no tenía amigos en la escuela y difícilmente los tuviera afuera. Él me vio, y acaso estuvo a punto de dirigirme por primera vez la palabra, tembloroso, pero no dijo nada y yo no esperé a que un mudo hablara. Diez metros adelante llegaba a la cortada que choca contra el paredón y por ahí pensaba seguir yo, ciego y sordo de un mudo que no hablaba. Un tipo apurado y de portafolios casi me lleva por delante al doblar en sentido contrario. Era el profesor Cepeda. Se frenó, me observó por encima de sus lentes y después vi que su mirada fue más atrás. Supongo que me reconoció pero no me dijo nada. Se quedó quieto un instante mirando lo que pasaba ahí enfrente y luego cruzó la calle solo, hacia el grupo.

-Che, déjelo y tómenselas –les dijo cuando estaba a unos metros.

Lo miraron y le dijeron que siguiera su camino. Cepeda no tuvo dudas y avanzó en el que ya había elegido como su camino.

-Dije que se les tomaran de acá –volvió a decirles, y cuando lo avanzaron a él, le arrojó el maletín en la cara del primero de ellos que se dio vuelta, abriéndose en un desparramo de hojas, al mismo tiempo que le aplastó la cara a otro con la mano abierta, arrojándolo contra el paredón. Y ahí se le acabó la pólvora. Con un golpe le hicieron perder el equilibrio y otro lo sujetó para que el resto le pegara sin sacar número de orden. El mudo se quedó a un costado, tambaleante contra un árbol, sin saber qué hacer. No sé cuánto tardé en tocar los timbres de las dos o tres casas más cercanas pero la paliza no se detuvo. Una señora se asomó por una ventana y se alcanzó a oír que gritaba.

-Cacho, llámá rápido a la seccional, dale apurate.

Entonces todo terminó y los valientes huyeron. Se fueron de la nada, tal como habían llegado. El mudo y yo nos arrodillamos junto a Cepeda. No podía abrir los ojos. Tenía la cara y el cuerpo a la miseria, y esperamos el patrullero en silencio.

Cuando llegaron no sé si era de noche pero en mis recuerdos todo estaba oscuro. Lo subieron a uno de los coches, levantaron el maletín, de última, y lo llevaron a que reciba atención. No fue tan grave, o eso quiero recordar, pero supimos que le dieron licencia en la escuela y yo no llegué a verlo volver, si es que volvió. A los otros un patrullero los encontró a unas pocas cuadras y no recuerdo qué pasó con ellos.

La semana siguiente no nos quedamos en el kiosco del Cholo y pasamos por la calle larga del paredón con los chicos. Ya sabíamos que eran mis últimos meses en Colonia Salto y les mostré el lugar exacto donde todo había ocurrido.

-Ahí fue –les dije, y cruzamos la calle.

Contra el paredón había basura y restos de pasto seco que alguien había cortado hacía días y nunca recogido.

-Mirá –dijo Pacheco, y señaló unas gotas de sangre vieja en los agrietados baldosones de la vereda.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que el colorado notó que unos papeles que había entre unas ramas secas y amontonadas eran exámenes de la escuela.

-Se le cayeron cuando les revoleó el portafolio –expliqué.

Las miramos arrodillados, sin tocarlas. Estaban humedecidas por la intemperie y el rocío de las mañanas había corrido la tinta de la lapicera. Eran unas pocas hojas. Ninguna tenía nota de aprobación. Ninguna se acercaba siquiera al cinco.

-Viste –me dijo Bafka, señalando con el pie uno de los exámenes, con su calificación de cero subrayada, en la caligrafía gigante y negra de Cepeda -. Yo te lo había dicho: es un hijo de puta.

Cruzamos la calle y hasta llegar a la avenida nadie más habló.

Dr. Miguel E. Redelico

ANIVERSARIO

La conocí un diez de febrero, hace casi siete años. Cuarentón largo, recién divorciado, buscaba en el cine un antídoto contra la tristeza de los domingos por la tarde. Cuando salí de la función la vi bajo la marquesina, guareciéndose del chaparrón veraniego que castigaba sin piedad el pavimento.

No sé si me impactó su jean ajustado o la cascada de cabello castaño que, en estudiado desorden, caía sobre sus hombros. Tal vez fueron ambas cosas o todo el conjunto. Lo que sí sé es que no pude apartar mis ojos de ella. Esquivando gente, me acerqué.

Siempre fui un poco tímido. Me cuesta trabar relación con desconocidos, en especial si son mujeres. Sin embargo, eso no pasó con Analía. Ni bien llegué a su lado, sin pensar le pregunté ¿olvidaste el paraguas? Sorprendida, se dio vuelta y me miró con unos ojos bellísimos, de un indefinido color tiempo. Sonrió. De pronto la avenida pareció más iluminada.

No pensé que iba a llover, estaba tan linda la tarde, contestó dubitativa. Te puedo acompañar, para que no te mojes, arriesgué. Aceptó. Le ceñí suavemente la cintura, la atraje bajo el paraguas y comenzamos a caminar. No dejaba de asombrarme mi insólita transformación en un seductor callejero, pero me sentía cada vez más a gusto.

Caminamos un par de cuadras. La lluvia arreciaba y entramos a un bar. Sentados a la mesa, conversamos como si nos conociéramos desde siempre. Descubrimos que teníamos gustos comunes: el cine de Woody Allen, la música de Sabina y Piazzolla, las letras de Borges y Cortázar. Tuvimos tema para rato. También hacía poco los dos habíamos cambiado las noticias de Página 12 por las de La Nación. Entre risas, nos acusamos de mutar de jóvenes progresistas en viejos conservadores.

¿Qué provocó que esa noche, sin pedido ni aviso previos, me abriera y le contara mi vida? No lo sé. Desfilaron así, sin solución de continuidad, angustias, fracasos y penas que me habían jaqueado los últimos años. En cambio, poco y nada me contó de ella.

Entró un chiquilín vendiendo flores. Le compré una rosa roja que aceptó con una sonrisa.

Dos cervezas, cuatro cafés y un cenicero después (todavía los fumadores no estábamos interdictos) descubrimos las sillas sobre las mesas y nuestra soledad de parroquianos tardíos. Eran las dos de la mañana, ya no llovía y Corrientes estaba semidesierta.

Hicimos lentamente el trayecto hasta su casa en Riobamba y Santa Fe. Al llegar, mirándome a los ojos me invitó a compartir el último café de la noche. Parecía la escena de una mala película romántica. Poco después, la calidez de sus piernas desnudas entrelazadas con las mías y el suave perfume a jazmín de su piel borraron todas mis penas.

Comenzamos a vernos con más asiduidad. Primero los sábados por la noche, después los fines de semana completos, por último casi todos los días. No podía evitar pensar en ella a cada rato.

Logré que de a poco me fuera confiando su historia. Lo hizo por partes, como un rompecabezas que fui armando con paciencia. Tenía veintinueve años. Mendocina y huérfana desde pequeña, la

había criado una tía soltera, hermana de la madre. Al finalizar la escuela secundaria vino a Buenos Aires para estudiar en Bellas Artes. Tuvo un par de relaciones sin mayor importancia y luego de varios trabajos, comenzó a pintar cuadros para un galerista de Recoleta. Para incrementar sus ingresos, de vez en cuando hacía promociones contratada por una agencia de publicidad.

Tenía cierto talento y le ofrecieron realizar algunas muestras. En una de ellas conoció a Carlos, un joven y apuesto coleccionista mejicano de evidente buen pasar. Comenzaron a salir. Se enamoró y pocos meses después se fue a vivir con él a México, en un pueblo a orillas del Pacífico.

Resultó ser esa la parte más oscura del relato. Sólo pude arrancarle breves comentarios que reflejaban entrecortadas imágenes de su paso por allá. Algunas bellas, la mayoría misteriosas y tristes. Cuando intentaba profundizar mis averiguaciones se escudaba en un inexpugnable silencio. Evidentemente, la realidad había sido muy diferente a los sueños que la llevaron detrás de aquél amor. Diez meses después volvió a Buenos Aires en medio de circunstancias confusas que nunca pude terminar de aclarar.

Y aquí estaba, tratando de rearmar su vida. Alquiló el departamento de Riobamba, donde vivía en compañía de un pequeño caniche que era su devoción.

Como si hubiera vuelto a la adolescencia mi enamoramiento se fue impregnando de un profundo y olvidado romanticismo. Para celebrar nuestro primer aniversario, la invité al cine. A la salida, volvimos al bar de la primera noche. Cuando entró el chiquilín de las flores, Analía lo llamó, compró una rosa roja y me la dio. Esta vez me toca a mí, dijo. Me sentí el hombre más feliz de la tierra.

Unos días después apareció una noche en casa, angustiada y casi llorando. Me contó que estaba recibiendo extrañas llamadas telefónicas. Cuando atendía, luego de unos segundos de silencio durante los que podía escuchar la respiración de quien estaba al otro lado de la línea, cortaban sin decir nada. Así diez, doce veces al día. La reiteración excluía la posibilidad de un error. Su mayor temor era que Carlos, o alguien enviado por él, quisiera hacerle daño o llevarla por la fuerza de regreso a México.

Vivo en una casa amplia, herencia de mis padres, que refaccioné luego de mi divorcio. Con un repentino instinto protector, le ofrecí mudarse un tiempo conmigo. Aceptó, dejando a su mascota en el departamento para que los vecinos no sospecharan. Una vez por día iba hasta allá para darle de comer y sacarla a pasear. Recogía el diario y volvía. Decidido a retenerla, transformé una habitación vacía en un pequeño atelier.

Fue reconfortante volver a tener una mujer bajo mi techo. Pasaron más de dos meses y la convivencia era placentera y feliz, muy distinta del infierno de los últimos tiempos de mi matrimonio. Cuando la empresa me envió unos días a Córdoba por la apertura de una nueva sucursal, Analía decidió retornar a su departamento hasta que yo volviera. Nos prometimos que a mi regreso resolveríamos nuestro futuro.

Volví de Córdoba un sábado. El avión salió retrasado y llegué a casa ya entrada la madrugada del domingo. Decidí esperar la mañana para llamarla y me acosté.

La insistencia del teléfono cortó mi sueño profundo. Sin despertarme del todo atendí y escuché del otro lado la voz trémula del encargado del edificio donde vivía Analía.

-¿Don Roberto?, habla Juan, de Riobamba. ¿Analía está con usted?- preguntó. Ante mi negativa, prosiguió: -Véngase para acá, algo raro pasa.

Me puse lo primero que encontré y salí. Capturé un taxi y llegué en quince minutos. Juan estaba en la calle, esperando.

- Hoy cuando fui a dejar el diario, en la puerta del departamento de Analía se acumulaban los del viernes y sábado, sin tocar. Al principio pensé que había vuelto con usted, pero cuando me dijo que no, me preocupé.

Subimos con rapidez. Ahí estaban los diarios. Los aparté e intenté abrir con mi llave. Me costó hacerla girar, como si la cerradura estuviera forzada. Por fin, el pestillo corrió, empujé la puerta y entramos.

El departamento estaba ordenado pero sin rastros de Analía ni del caniche. En la mesa de la cocina había una taza con restos secos de café. En un rincón del living un solitario cuadro, inconcluso, lucía apoyado en el atril. Entramos al dormitorio. Los placares estaban sin ropa y el botiquín del baño vacío.

Volví a casa con la secreta y vana esperanza que hubiera ido hacia allí. Llamé a su celular. Una voz aséptica y monocorde me respondió que “el número solicitado no corresponde a un abonado en servicio”.

Nervioso, esperé hasta el día siguiente. Sin novedades, llamé a Juan. Me dijo que el diariero había suspendido el servicio. Analía le debía dos meses. El celular seguía repitiendo, una y otra vez, la misma letanía. Hice una denuncia en la comisaría que la ineficiencia de la policía y la indolencia judicial terminaron transformando en un expediente más. Sin averiguar nada, el archivo fue su final previsible.

El contrato de alquiler de Riobamba vencía a fin de mes y la propietaria dijo que los pagos estaban al día. Desolado, junté las pocas pertenencias que quedaban, las llevé a casa y le devolví a la dueña mi juego de llaves.

Nunca más supe nada. Sólo silencio obtuve como resultado de una búsqueda desesperada que ya abandoné. Quedé abrazando su ausencia abrupta, sin aviso ni explicación. Envejecí más rápido que el tiempo y la incertidumbre sobre su destino me atormentará hasta el fin de mis días.

Lo peor es que mañana se cumple un nuevo aniversario de la fecha en que nos conocimos y la tortura recomenzará su ciclo. Cuando despierte iré hasta la puerta a recoger el diario. Lo abriré y entonces, otra vez, como todos los diez de febrero de los últimos años, entre sus hojas me volveré a topar con la triste e inexplicable presencia de una solitaria rosa roja.

Dr. Héctor Auletta

ESE CORTE DE PELO

No sé qué día amanecía, si era lunes o miércoles, martes o sábado, pero es verano. El inmenso calor de la noche no me había dejado cerrar los ojos, sentía su pesadez, la irritación de mis córneas incendiando mis pupilas. Por un instante imaginé “a lo mejor hoy cuando mi mirada se pose sobre alguien lo prendo fuego, y si es de la secundaria mejor; me encantaría quemar a la maestra de matemática para no tenerla nuevamente en tercer año”. Escuche todo, desde el crujir de las maderas que rechinaban a elevadas temperaturas hasta mi perra bóxer que cada media hora, cuarenta minutos, caminaba por la casa escribiendo con las uñas de sus patas un sonido ensordecedor que solo cedía cuando ella bebía agua del balde de 10 litros que mi madre le había dejado en el patio. Tampoco era difícil sentir el vapor humeante de la transpiración de los vecinos lindantes a mi casa, y lo más fácil era la inevitable respiración de aquellas partículas atómicas, diminutas e invisibles del aliento que provenían de los desagües de la calle y que de forma laberíntica se conectaban con todas las casas de mi cuadra, desde la calle Sidotti y Venezuela hacia Nuestra Señora de La Merced, dejando mi garganta colmada de arcadas ocasionales con ganas de vomitar. “-Sebastián, Seba, levántate hijo, ya es tarde, no te olvides que hoy tenés que ir a la peluquería sí o sí ;Ya no podés andar con esa cabeza inundada de pelos! ¿No te da calor? Dale hijo levántate no puedo dejarte dormir todo el día”.

Abrí los ojos, seguían irritados, miré el reloj y este me confirmaba lo que mi madre decía. A las 11:00 horas, y con la pesadez del calor, me hice de valor y me animé a levantar. Lo primero que sentí fue un leve serpenteo, como si bajase de una calesita que me meció durante las seis horas y media en las que creo haber dormido. Escuchaba también el almacén de la esquina llena de vecinos comprando artículos comestibles y de limpieza, y de fondo radio Mitre anunciando las noticias, siendo la principal la temperatura de 38° grados con una sensación térmica de 41°. Lo único que me dije para mis adentros fue: “otra noche más sin dormir bien y lo peor sin ventilador”. Hice los diez pasos que dista mi cama del baño, oriné, y como es habitual no subí la tabla y tuve que limpiarla. Gire 180 grados hacia el vanitory, me apoye en la bacha, abrí la canilla de agua fría para lavarme las manos, la cara y los dientes. Y tome conciencia de que algo estaba mal ese día. Encendí la luz y la sensación de que no estaban bien las cosas se acentuaba cada segundo. Reconocía por los ruidos y olores que estaba en mi casa, incluso la voz de mi madre era la misma, pero mi casa no era exactamente igual. El baño se veía distinto, los colores de los azulejos estaban desdibujados, el inodoro y el bidet estaban deformados, como si fuesen papel corrugado. Al finalizar de higienizarme no tuve opción y busqué el espejo ;Me encontré en él! Me calmé, sin embargo, la tranquilidad solo se prolongó unas milésimas de segundo. Cuando me alejaba, mi reflejo se tornó viscoso, neblinoso y opaco. Mi rostro desaparecía, nariz, boca, ojos, parpados y pestañas, cejas, orejas, y el denso cabello que debía ser cortado estaban como derretidos, mezclados entre sí; me recordaba como cuando de niño jugaba con plastilina y a la masa individual de los colores rojo, verde, azul, amarillo, negro, blanco, naranja, los unía para formar un mazacote sin sentido. Lleno de terror asimilé que mi rostro era hoy un mazacote de plastilina. Empero debía ir a cortarme el pelo, no quería dejar de hacerlo, mi cabello, por lo que entiendo, era similar al bosque de La Plata. Se podría pensar en una comparación: ;El Bosque lleno de bichos y mi cabeza llena de piojos! Cuanto deseo pensar tener piojos. Estos son parte de la vida común del ser humano y no de un ser con rostro y cabeza de plastilina; hice una prueba: cerré los ojos y con mis manos toqué mi nariz, mis orejas, mi boca, parpados y pestañas, y mi enrulado pelo, ;Todo estaba allí en perfectas condiciones, mi humanidad estaba completa! Abría

los ojos y de vuelta era un mazacote, decidí entonces no mirarme en el espejo por el día de hoy. Fui directo a la cocina a tomar y comer algo. Enseguida recordé el destino terrible que me esperaba en unos minutos: ¡Un corte de pelo frente a un espejo! Julio es el peluquero del barrio me conoce desde mis cuatro años, ya tengo 14, quizás él con su *lex artis* o sea el tipo que sabe, pueda separar esta mezcla. Lo único que quiero es que me corte el pelo y no la cabeza. “- ¡Buen día dormilón! ¿Descansaste hijo? Solo queda un mes para comenzar las clases”. Por estas frases odiaba el verano, eran insuficientes los meses de diciembre, enero y febrero. Sobre todo, era insignificante el mes de febrero ¿A quién se le ocurrió que un mes puede poseer su tiempo en 28 días y cada cuatro años animarse a 29? Con mi edad me es muy difícil pensar que alguna vez pueda modificar el almanaque. Mientras pensaba en ese mes que restaba para volver a la secundaria miraba a mi madre y no era ella. Pero cuando me senté y me arrimé a la mesa la veía perfectamente. La casa estaba en orden, las tostadas con queso y dulce se encontraban como todos los días, su sabor no había cambiado. El matecocado frío, casi helado, me termino de convencer de que había pasado una mala noche y que el extenuante calor me provocó estúpidas alucinaciones. “-Hola mamá, no dormí bien anoche, y hasta recién veía todo mal. Necesito un ventilador en mi pieza. ¡Así no puedo pasar otra noche!” Y con su boca escupiendo humo de cigarrillo, como una chimenea, me responde: “-Lo se hijo, hoy mismo voy con la tarjeta de crédito a Fravega y te compro un ventilador nuevo. Ahora desayuná y corre a la peluquería que a las 13 cierra, decile a Julio que le pagamos después; vos ya no podés andar por la calle con ese pelo. Los vecinos van a pensar que soy una madre que no se ocupa de sus hijos, y eso no lo puedo admitir. Y lo de ver mal Sebastián es por tu descuido de todos los días, y vos sabés muy bien que el descanso es necesario, entiendo lo del calor, pero sos muy descuidado como todas las mañanas. En invierno te pasa lo mismo. ¡Apurate! Antes de salir golpeale la puerta a tu hermana para que se levante”. ¿A qué descuido diario se refería? Se con extrema exactitud que soy distraído. Dejé la silla, saludé y me dispuse a salir de mi casa. Desde la mesa de la cocina hasta la puerta de calle debe haber unos 6 metros, y realmente esos metros no se veían como todos los días; como mi madre me marcó un descuido, como regañándome, me llamé a silencio y no le dije nada. Lo que me sorprendía era el hecho de que a medida que me acercaba a la puerta de calle, mi casa parecía la misma de ayer, pero al llegar a mitad de camino, es decir entre la cocina y la puerta de calle, mire hacia atrás y mi madre no era ella sino algo monstruoso. La veo que intenta venir hacia mí llamándome por mi nombre. Yo corro hacia la puerta y le grito a mi hermana Barbará que se levante y salga a la calle, que nuestra vida está en peligro. Me tropiezo con el escalón que da a la vereda, caigo en la misma, y escucho la voz común de mi madre: “-Sebastián ¿Estás loco?” Se me acerca y me dice: “no te vayas espera un segundo dejame que...” No la espere. Penosamente pude divisar que desde la habitación de mi hermana no salía ella, era otro ser horripilante con tentáculos en la cabeza como si fuera un calamar gigante. El monstruo materno tenía algo en la mano y se lo daba a ella. El calamar apunta sus ocho brazos y sus dos tentáculos hacia mí. A su costado y debajo de ella, había otra criatura, quizás de color marrón, creo que pude ver su boca abriéndose y de ella caía baba, como en la película de Alíen el octavo pasajero, y lanza sonidos parecidos a los ladridos de mi perra cuando juega. Tomo razón de ello y empiezo la carrera hacia la peluquería; todo el barrio estaba cambiado. ¡Algo terrible está sucediendo en mi vida! La existencia de mi hogar, mi madre, mi hermana, el barrio, se encuentran en extinción. Este día la monstruosidad se ha apoderado de todos menos de mí que aún soy normal. A lo mejor estuvieron escondidos por años, y por mi distracción y mis descuidos, hoy logré verlos como son: salieron a la luz y no podrán ser ocultados jamás. Estoy solo y soy un adolescente de 14 años a quien nadie le cree, nadie me escucha ¿Debo callarme de todos modos? ¡Tengo derecho a decir lo

que pasa en mi vida! Y en ella los monstruos están con el velo caído. Sabiendo esto debo ir a cortarme el pelo obrando como el que “no sabe nada de lo que pasa en su casa, mejor me callo y sigo la vida de la manera más patética posible, silenciando y escondiendo la realidad”. Luego del incidente del calamar gigante, con mi monstruosa madre y la criatura babosa y demoniaca que ladraba como mi perra “Pinky” salí corriendo, crucé Venezuela sin mirar, aunque claro nada se veía, reconocí de forma rápida la esquina de calle Sidotti; una cuadra separaba a mi casa de la peluquería de Julio. ¿Cómo llegar a destino evitando monstruos que por primera vez salen a luz? Me refregué los ojos, tratando de que vuelvan a ver como veían ayer cuando todo era normal, pero uno no puede vivir de ilusiones. Todo estaba borroso, nublado, los colores de los árboles apenas se distinguían, y abruptamente el empedrado de la Sidotti se transformó. Ahora el adoquinado y las veredas habían mutado en un oleaje pétreo, con subidas y bajadas. Caminando no se sentía más que algún otro bache y en ningún momento percibí que subía o bajaba, para mí era lisa y llanamente un camino recto. A cada paso que daba, por breves instantes, desaparecían las olas inmóviles. Al pasar por la casa de Doña Chola, la curandera de los empachados y descompuestos, quise ver desde la puerta de su zaguán si ella había cambiado en algo o simplemente curaba como todos los días a los que comían demasiado. Advertí una figura que flotaba y pronunciaba unas palabras extrañas; a centímetros de aquella, otra silueta alterada se caía y se levantaba del suelo lanzando un líquido con olor putrefacto, y se oía “¡Me quema! ¡Me quema! ¡No puedo más, cúreme, sáqueme el demonio del hígado que me está matando!” Estos alaridos aumentaron mi susto, y me percaté que Doña Chola era en realidad una bruja que expulsaba demonios de las partes del cuerpo de una persona, comprendiendo que no curaba empachos. Y esa voz que pedía auxilio por el diablo en el hígado era la de Don Ricardo, o como decía mi padre: ¡El borracho conocido del barrio! Su hígado estaba poseído por una criatura infernal. Seguí caminando ya dispuesto a cruzar la calle en dirección a la peluquería, como deber ciudadano aprendido intenté mirar si venía algún vehículo, pero todo estaba disperso, nebuloso, no habiendo una sola imagen entera, solo el adoquinado mareado que se volvía plano cuando yo caminaba sobre él. Escuché desde Venezuela un estruendo a camión que avanza y frena sucesivamente con dos entes de rojo, o bordo fosforescente que descendían y ascendían al mismo. Divisé que se trataba del camión de la basura y sus dos empleados recolectores. Me contrariaba el hecho de que no vi nada monstruoso a pesar del aroma pestilente que sembraron en toda la cuadra. Su atributo es ese tufo que nos obliga a aguantar la respiración y rogar que se vayan rápidamente si están cerca, y esa asquerosidad me recordaba que Julio, en cada corte de pelo, me explicaba que trabajar juntando la basura es una labor ingrata, que ningún habitante reconoce. Y lo más triste es saber que los residuos recolectados de nuestras calles atesoran como meta final un catastrófico basural a cielo abierto. En ese lugar muchos ciudadanos comen de sus desechos como moscas y otros tantos buscan la chatarra para ser vendida y ganarse unos pesos malditos; por fin pude cruzar la calle, atrás quedaban: mi madre y mi hermana, ya desaparecidas; la bruja Chola, el endemoniado de Don Ricardo y el oleaje petrificado del adoquinado. Arribe a la peluquería, Don Julio siempre estaba afuera fumando cuando no había clientes. Sin embargo, ese día la cosa lanuda que estaba afuera no era Julio, aunque a simple vista no había nada de amenazante en él. Me decidí a entrar sin dirigir la mirada a esa cosa que estaba en la puerta, y algo parecido a manos me detiene: “-Sebastián sé educado y decime buen día”. ¡No lo podía creer! La cosa que estaba afuera era el peluquero, lo vi de cerca y era él, y por la neblina cerca de su cara supe que estaba fumando. “-Buen día Julio, vengo a cortarme el pelo, mi vieja me mandó y solicita si se lo paga más tarde”. Asintió con la cabeza, en el barrio nos conocemos todos. El problema va a ser cuando sepa que mi familia ya no es la misma y que

estamos siendo invadidos por seres que nos dan terror. Me consolaba saber que estaba Doña Chola con su cinta que cura el empacho y saca demonios del cuerpo. Al entrar al local sucedió lo mismo que en mi casa y la calle. Pero no podía escaparme, debía si o si cortarme el pelo. Julio me señaló el lugar para sentarme, y la noticia que se replicaba era el espejo en el que me reflejaba. La diferencia es que yo no estaba solo en el reflejo, también estaba esa cosa que me iba a cortar los rulos. Don Julio es de tez morena, muy delgado, como si no hubiese probado bocado en su vida y solo viviese del aire que respira. Posee una inmensa barba, como si fuese un intelectual que se dedica a pensar y criticar la vida de los demás. Siempre viste colores grises y desde su boca expele aliento a cigarro confundido con muelas rotas o cariadas. En cambio, la cosa que yo vi solo poseía de Julio la voz y el perfume nefasto del pucho y de muelas dignas de cementerio. Como yo lo veía, y el espejo me lo indicaba, su barba alojaba alambres de púas, su nariz dos cráteres que todo lo aspiran, sus ojos, quizás eran similares a los de una mosca, me lo refrendaba la forma en que me hablaba con los múltiples ojos vueltos hacia mí y como observaba a los vecinos deformes pasar y saludar a la vez: ¡Estaba convencido, por la forma de mirar sin torcer la cabeza, que Don Julio tenía ojos de mosca! Comprendí al fin porque todos los vecinos cuando preguntan si han visto, a fulano o mengano, literalmente lo mandan a uno a preguntar al peluquero. Mi padre siempre decía que Julio era una chusma de barrio, veía todo. Entonces era notorio que en este tétrico día al fin este díptero se muestre, al menos con sus ojos, como lo que es: ¡Una mosca chismosa! La cosa no termina allí, sus manos habitualmente estaban pobladas de tijeras y peines, sostenidos por sus dedos amarillentos de nicotina y espolvoreados de alquitrán. Sus uñas pigmentadas por restos de cenizas, y sobre su vestimenta salpicaduras de tabaco. Hoy nada de ello estaba frente a mí. Ya no tenía brazos ni manos, esa cosa con ojos de mosca poseía dos extremidades, derecha e izquierda, peludas como un insecto típico de verano. Con la primera tomó un mechón de mis rulos y con la segunda, su siniestra extremidad, corto el mismo, una, dos, tres, cuatro veces; no paraba de cortarme el pelo. Cada 2 o 3 minutos me preguntaba: “¿Vamos bien Seba? ¿Querés bien corto el cabello?” Temía que pudiera enfurecer a esa cosa moscardón y me clavase alguno de sus extremos matándome. Me quede en silencio y él solo hablaba de política. Nada me interesaba solo bajaba mi cabeza como dándole la razón. Julio, digo esa cosa, me recordaba a los psicópatas asesinos de las historias policiales en las que nunca sabés si el protagonista de la misma será asesinado. Y no sé, como protagonista que soy, si moriré este día. Se detuvo, se alejó y pude ver desde su espalda una joroba con especie de alas nacientes o incrustadas. Indudablemente el bicho asqueroso y repugnante era mejor verlo de lejos. Nadie quiere moscardones en su vida, en especial porque si es una mosca humanoide no cortó mi pelo, sino que se alimentó de él. Estando seco cuando tomó el primer mechón, y como yo no veo nada, sentí como vomitó sobre el mismo y lo fue ingiriendo. Por eso experimenté a cada rato una especie de rocío caliente que me humedecía la cabeza, y de a poco fue eliminando mi densa cabellera. “- ¿A dónde vas Sebas? Aún no termino, dejame que estoy afilando la navaja y culmino con la parte de atrás de la nuca y el cuello. Luego de ello...”. Quede momificado de horror cual mannequin challenge, sin la diversión que supone. Regresé a mi silla a esperar ser asesinado por una chusma de barrio. Por esas cosas de la vida en vecindad siento que se abre la puerta y entra algo. Dice educadamente “buen día”, por la voz reconocí que era Don Ricardo, el borracho que fue salvado por Doña Chola. No obstante, empezó a balbucear y el moscardón le dijo: “- ¡Ricardo todavía no dan las 13 horas y ya estás alcoholizado! Debería darte vergüenza hombre grande”. Ricardo seguía balbuceando y Julio, la cosa, lo hizo sentar en una de las sillas de la peluquería. Tuve miedo por él porque si yo estando lucido y bien despierto estoy a punto de ser asesinado no quiero ni pensar que hará el moscardón con el pobre borracho. Volvió, veo por

el reflejo del espejo una especie filo que estaba en su extremidad siniestra, y de a poco, por eternos segundos, comienza a rasurar el pelo de mi nuca y cuello. Comencé a relajarme y a pensar en las cosas buenas y malas que hice, recé, me confesé. Y con coraje no derramé una sola lagrima, porque si bien me quedaban solo unos instantes de vida como adolescente en este mundo, prefería morir como un hombre sin mostrar el mínimo rasgo de temor. Y entonces... “- ¡Sebastián, Sebastián! ¿Vos sos idiota?” Gire mi cabeza y veo a un calamar gigante acercarse y riéndose de forma burlona. Ya cara a cara la reconozco, era mi hermana, en realidad una impostora. “-Barbará, mi destino está escrito, no me convencerán de nada. Hoy pude ver toda la realidad que me ha sido ocultada por años. ¡Yo puedo decir que soy libre!” “-Sí, sí. ¡Todo muy lindo con esas pavadas que lees todos los días! Demasiada fantasía te estorba en la mente. Yo solo vine hasta acá para traerte los anteojos que olvidaste, así que eso de <<ver toda la realidad>> lo considero un chiste malísimo. Ponete los lentes para ver; a propósito, como siempre elegís los cortes de pelo que peor te quedan”. Me puse los lentes, me miré al espejo y el corte de pelo no estaba tan mal. Lo veo a Julio y él ya era el mismo y rústico peluquero de siempre. Y concluye:

“- ¿Siempre tiene esa mala onda tu hermana?”

Dr. Sebastián D. Longhi

CUPRONÍQUEL

Antes de que mi vida diera un vuelco (parte de mi círculo cercano lo llamó “volantazo”. Yo prefiero la palabra “reinención”), mi conocimiento acerca de Borges, el gran escritor, era escaso y básico, equiparable a lo que también podía conocer de otros componentes de nuestra iconografía nacional, como las cataratas del Iguazú (las más cercanamente observables para cualquier simple mortal), el colectivo (gran invento argentino, un aporte a la civilización occidental) o la birome. Como si fuera parte de una Gran Muestra Nacional, un Borges inmortal, ciego y con un bastón, se codeaba con aquellos objetos de culto en el que yo erigía como Nuestro Imaginario Popular.

Hasta ahí llegaba mi sapiencia sobre Borges. Muy poco era lo que sabía y menos lo que había leído alguna vez. Recuerdo sí, que en un folletín que se distribuía gratuitamente en algunos comercios de mi barrio, con informaciones variadas y disímiles como el mejor abono para los rosales, las propiedades de la cebolla y los beneficios del aloe vera, entremezcladas con publicidades de las tiendas de la zona, se publicó un poema bajo la firma de Borges, calculo que para rellenar un vacío imprevisto a la hora de imprimir la tirada. Leí y releí una y otra vez aquel poema en mi temprana adolescencia, no sé si por mi súbito despertar como lector aficionado, o si fue porque estaba a mano en el escuálido revistero próximo al baño de casa. Pero lo cierto es que entre esas lecturas reiteradas me permití dudar del talento del gran escritor argentino. El poema, a pesar de mi ignorancia literaria, se me antojaba ordinario como una lata de arvejas que se usa para guardar lápices. Los versos transmitían la desazón de quien sabe que se aproxima a su encuentro con la muerte, y lamenta los helados de chocolate y fresa que dejó de comer, las lluvias que evitó en forma adrede que golpearan en su cara y las tertulias a las que dejó de asistir. El mensaje final del poeta era que si volviera a nacer no se privaría nada de ello y abrazaría de lleno los placeres mundanos a los que había sido indiferente en toda su existencia que ya pronto culminaba.

Me permití dudar, dije ya, del talento atribuido a Borges al leer esos versos. En parte creí que tal vez su pluma no fuera tan iluminada como se decía en la Argentina. Y hoy entiendo que en mi ignorancia, algo comprendía yo de literatura. Traía conmigo una sensibilidad innata que hasta entonces había mantenido escondida, porque ese poema miserable que me disgustaba, cuya lectura me dejaba un sabor rancio de insatisfacción estética, supe años más tarde que era, según dijo Kodama horrorizada en una entrevista, el apócrifo que más se le atribuyó a Borges.

Recuerdo el orgullo que experimenté cuando leí aquella declaración, ya ni sé dónde. Descubrí que estaba destinado a encontrarme con sus escritos, ya que al parecer había sido provisto de la capacidad para distinguir su lírica original de aquellos versos vulgares que un pasquín misérrimo había publicado sin la mínima responsabilidad editorial. Comencé entonces a leer obras suyas, no digo que compulsivamente, pero sí con una rigurosidad que no había manifestado anteriormente en ninguna expresión artística que no fueran películas de Tarantino o discos de bandas punk. Yo, que hasta entonces había sido ajeno al mundo de las letras, esa misma tarde compré mi primer libro de Borges: “Historia Universal de la Infamia”.

Fui metódico con respecto a la narrativa. Compré y leí por orden cronológico sus obras. Pero con la lírica admito haber sido disperso y desordenado.

Llegué entonces a un punto en que había sumado cierta categoría de conocimientos como para hablar de Borges (en caso de que surgiera espontáneamente el tema en algún evento social, porque soy muy tímido para fanfarronear estos asuntos públicamente) sin que sonara a charlatanería o conocimiento adquirido recientemente y a las apuradas mediante alguna enciclopedia de Internet. Por ejemplo, recuerdo una noche de sábado en que no me sobraban las propuestas de entretenimiento ni socialización. Mi amigo Matías me invitó al festejo de cumpleaños de una amiga suya de la facultad al que dudé ir para evitar el oprobio de sentirme un paria, un desclasado social que debe asistir de comedido en fiestas ajenas a comer los canapés para los que no fue calculado. Finalmente me convenció y decidí implementar medidas de orgullo y autoestima elevada pero a partir del día siguiente. El caso es que esa noche hubo un lindo momento de charla alrededor de una mesa ratona. Éramos no más de ocho personas al final de la velada, cuando la noche se viste de madrugada, y alguien había preparado café. La música estaba de nuevo a un volumen razonable y una chica comentó que estaba preparando una monografía sobre el Martín Fierro para la facultad. Debía incluir citas, referencias externas y otras exigencias académicas de la cátedra, y el asunto le estaba causando algunos dolores de cabeza.

-Deberías leer “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”, de Borges –dije yo, desde los arrabales de la ronda, y fue la primera vez que muchos de los presentes escucharon mi voz.

-¿Por qué?

-Básicamente, porque Borges toma a Cruz, personaje del libro de Hernández, y dibuja su pasado, hasta llegar al presente, en que se cruza con Fierro. Pienso que podría servirte. Sobre todo por eso que dijiste, de las referencias externas.

-¡Ay, me encanta! –dijo ella en un éxtasis sobreactuado. Sabía que se llamaba Natalia y que no recordaba mi nombre.

-Te recomiendo “El fin”. También de Borges.

-¿Y ése de qué trata?

-Fierro se cruza con un hermano del negro que él acuchilló. Y no te cuento más. Te dejo el suspenso de que lo descubras vos.

-Sos un genio. Pará que agarro un papel y lápiz y tomo nota de estas cosas. Te juro que yo había pensado en Borges, porque alguien me dijo no le gustaba el libro de Hernández. Pero no supe por dónde empezar.

-No, nada que ver. Al contrario, al contrario. Admiraba su obra –contesté.

-Lo que no le gustaba era el fútbol. Decía que eran once tipos corriendo detrás de una pelota y que no tenía sentido –dijo un pelilargo que tanto Natalia como yo decidimos no escuchar y al que los demás apenas le habrán dedicado una mirada tras su inoportuna acotación.

-Lo que Borges cuestionaba no era la obra, -seguí yo- sino el encantamiento de los argentinos con un personaje que es un fugitivo de la ley, un racista, un pendenciero. Creía que eso nos definía como sociedad.

El tema no se extendió mucho más y no faltó quien estableciera una conversación más trivial con alto acatamiento para dar por finalizada la “charla culturosa”, como la había definido Hernán, uno de los presentes.

En el hall del edificio, cuando todos nos despedíamos, se acercó y me dijo que me iba a llamar. Después se subió al auto del pelilargo y se fue.

Volví caminando con Matías, quien tuvo la prudencia de evitar el tema. Sólo hizo una vaga alusión cuando nos despedimos.

-Chau, Tadeo Isidoro Cruz –me dijo. Y yo sonreí con una mueca que osciló entre la esperanza y el vacío existencial, si es que existe tal gesto.

Las fechas se me confunden. No he sido bendecido con el don (¿o la maldición?) de Funes. Pero estimo que fue en aquella época en que me encontraba en la tarea de decorar el departamento al que me había mudado recientemente. Mi primer piso de soltero, cuyo alquiler me costaba más de la mitad de mi sueldo. Era un dos ambientes, en una construcción moderna que bien valía el precio de mi independencia. Encontré atractiva la posibilidad de incorporarle algunos detalles de época que contrastaran con la modernidad de su estilo, especialmente cuando mi abuela me cedió una parte de su mobiliario que ya no usaba, como una mesa, unas banquetas y un aparador. Me habían hablado de algunas casas de antigüedades en San Telmo y una mañana otoñal caminé con tiempo sus calles en busca de algo que no sabía bien qué era. A media cuadra de la parada del colectivo pasé por una minúscula tienda y desde su vidriera algunas condecoraciones que parecían de la Gran Guerra desviaron mi atención. Había monedas y billetes extranjeros de distintas formas y colores para coleccionistas. En un rincón, algunos Pesos Ley que no llegué a manejar porque era muy chico. Y entre ellos, una moneda plateada me llevó a inclinarme ante la vidriera. Entrecerré los ojos y afiné la mirada. Una moneda plateada mostraba un perfil reconocible de Borges. Entré al comercio jadeante, mirando a ambos lados de la acera, como si torvas de coleccionistas fueran a arrebatarme mi descubrimiento. No había nadie cerca.

-Las hicieron para el centenario de su nacimiento. Prácticamente no circularon. Esta es de cuproníquel –dijo el vendedor apoyándola sobre una planchuela de terciopelo en el mostrador -. Una aleación de cobre y níquel. No se corroe. No se oxida. Las de oro y plata las tengo en el otro local.

-¿Hay de oro y de plata? ¿Borges en oro y plata?

-Sí. Cuestan una fortuna. Son para entendidos.

-¿Y esta? –pregunté atemorizado por escuchar una cifra astronómica que significara mi perdición: vivir con el agobio de no obtener aquel tesoro, o adquirirlo y ser también dueño de mi ruina económica por el resto del mes.

-Veinte pesos.

El costo multiplicaba por diez el valor de circulación de la moneda, aún vigente, pero no significaba nada. Entregué el billete y permanecí absorto en la observación de la pieza. Tomé una lupa y estudié el reverso de la moneda, que mostraba un laberinto hexagonal con un reloj de sol en el centro. Sólo observable con la lente, el signo del infinito.

El hombre se ofreció a envolverla en un pequeño sobre de papel plastificado. Me negué, preferí portarla en un bolsillo con cierre de mi billetera antes que en un pequeño envoltorio suelto.

Cuando me iba me dio la tarjeta del otro local para tentarme con las demás monedas.

-También tengo estampillas. De Borges –aclaró.

Salí con la fascinación que aquello me había provocado. Mi visita a ese barrio tradicional había rendido la mañana y tras caminar un par de cuadras ingresé a una tienda de antigüedades. El aire había cambiado y una lluvia amenazaba el ambiente. Adentro, sin apuro, estudié platos de porcelana, mecedoras desvencijadas, arañas de alabastro, adornos deprimentes y relojes de pie. Nada podría igualar mi sorpresa anterior y opté por llevarme únicamente un candelabro. El comercio, ya casi despoblado, se había vaciado del todo con el primer trueno que se escuchó, algo débil, entre los colectivos, y me acerqué al mostrador. El señor, un anciano de voz ronca y ojos saltones sin lentes, estudió el candelabro como si nunca lo hubiera tenido exhibido en su local. Ponderó la calidad y el material en que había sido labrado. Me dijo el valor, que además de algunos billetes comprendía un ridículo apéndice en monedas. Apoyé la billetera sobre el mostrador y abrí el cierre para buscar los centavos faltantes para el pico. Hurgué sabedor de la existencia de una moneda de cincuenta centavos, y antes que ella asomó mi pequeño Borges de cuproníquel. Rodó por el mostrador de madera con un ruido perfecto y pesado. La atrapé y me apuré en guardarla.

-Qué interesante. Una moneda de Jorge Luís Borges –dijo el anciano en un susurro, con una rapidez visual que pasé por alto en su momento.

-Homenaje en su centenario- agregué, y apoyé los cincuenta centavos que al fin habían aparecido -. Reciente adquisición.

El hombre me estudió y asintió en silencio con la cabeza. No dije nada y un trueno cubrió el silencio. Afuera ya llovía.

-Tengo algo que te puede interesar –dijo al fin, y se fue al fondo por una puerta angosta.

Tuve la esperanza de verlo venir con las monedas de oro y plata, a un costo absurdo, económico, irreal. Al rato apareció portando un paquete de papel madera y cuerdas delgadas. Imaginé un cuadro. Lo miré en silencio. Afortunadamente, el ruido de las gotas sobre el toldo cubría los vacíos. “No voy a llevarme un retrato al óleo de Borges pintado por un artista frustrado”, pensé. Con meticulosidad de cirujano sus largos dedos desanudaron las cuerdas y jamás cedió a la tentación de usar una tijera o un cortapapeles. Asomó un marco labrado en madera, y luego el espejo manchado de humedad y años que rodeaba. El viejo me miró esperando que dijera algo.

-Un espejo –dije como un imberbe que no sabe qué decir.

-Es cierto, es cierto –suspiró con paciencia -. ¿Pero lo sorprende si le digo que decoró una casa del escritor?

-¿Qué escritor? –pregunté y cuando quise detenerme ya me estaba consagrando como falto de inteligencia ante los ojos del anticuario.

El viejo no acusó recibo de mi súbita imbecilidad y habló con calma.

-Usted sabe que Borges viajaba. Este espejo lo trajo de la India.

-Qué extraño –dije -. No me consta que haya estado en la India.

Desconocía absolutamente los itinerarios de Borges como viajero. Pero decidí arriesgarme ante el peligro de estar ante un embaucador.

-Pero fíjese que estuvo –contestó -. Y este espejo se colgó en una pared de su casa durante años, en su juventud.

Como si leyera mi mente continuó.

-En una mudanza se extravió.

-Creí que sus domicilios fueron bastante estables –volví a mentir.

-Tal vez estaban reparando alguna pared. Tal vez había que pintar y debió ausentarse de la casa. Las pinturas industriales eran bastante tóxicas. No como ahora, que secan en una tarde y no dejan olor.

-Pero si hoy está acá no se extravió. El cuadro, digo. Alguien se lo robó.

-Los hombres que hicieron el traslado de los muebles le prometieron buscarlo. Borges se mostró despreocupado. Casi satisfecho con la desaparición. Cuando dieron con el espejo, en el depósito de objetos rotos y extraviados de otras mudanzas, les dijo que ya no lo quería. Que lo guardaran por si alguna vez se rompía el que ahora había adquirido.

-Usted era uno de esos hombres –le dije.

Sonrió.

-Lo siento, pero no. Supe de uno de ellos años más tarde.

-¿Cuánto quiere por el espejo? –ofendí, como si todo el relato se circunscribiera a ese momento, a esa respuesta, a una cifra banal. Un número y un signo.

-Espere, espere –dijo-. Hay algo que debe saber.

Salió de atrás de su refugio que era el mostrador. Se acercó a la puerta de calle. Lo seguí como si fuera a salir. Llovía con fuerza. Dio una vuelta de llave y puso el letrero de “cerrado” hacia el exterior. Pensé que lo hacía para evitar que los extraños se metieran sólo por el ocasional resguardo del aguacero.

Y narró unos hechos que a él le habían sido confiados por aquel hombre de la mudanza. No pregunté si ese hombre, que imaginé rudo y de pocas palabras, había accedido a ello por el mismo Borges. Acaso no hubiera una respuesta convincente y preferí el silencio propio y la palabra ajena. Entonces, el anciano habló y transcribiré con la mayor fidelidad posible las vicisitudes del relato:

“En un mercado de Nueva Delhi, o quizás Meerut, distinto a los mercados que uno pudiera imaginar de aquellas ciudades si es que se logra imaginar algo, un vendedor llamó la atención de un Borges que se había detenido ante su puesto. Tal vez había sido cautivado por el olor de un incienso o del azafrán, o quizás quienes lo acompañaban se detuvieron y él decidió esperar antes de seguir. Entonces, un mercader se acercó y en perfecto inglés contó una historia.

Fue un susurro o una brisa de palabras para él. Como si Borges estuviera allí para eso. Como si el mercader estuviera allí por eso. Y en esa historia que hablaba de muerte y de vida, del tiempo y del vacío, del todo y la nada a la misma vez, Borges escuchó hablar de Iyair Abdak, quien encontró detrás del vidrio de un espejo que le había sido regalado un relato ausente de Las Mil y Una Noches. Supo el humilde Iyair, y no sé cómo es que lo supo (el conocimiento adopta curiosas formas) que aquél que ocultara un texto propio e inédito en un doble fondo de ese espejo de pared, consagraría su restante obra literaria a la eternidad, que sus versos alcanzarían la rima perfecta y que ni las llamas eliminarían la caligrafía de su prosa. Supo todo eso, y también supo que el momento preciso de ocultar un escrito propio coincidiría con el tiempo exacto en que una rotura accidental en el espejo descubriera el texto desconocido que tras el vidrio aguardaba, quizás desde siglos pasados, el momento de darse a conocer a un único lector. La perfección de sus palabras no dejaría lugar a la duda y la falta de certeza de qué autor universal había sido propietario del objeto. Cualquier aventurado en la lectura que ignora las fronteras podría reconocer el estilo consagrado a la posteridad. Aunque no hubiera firma. A pesar de la falta de un nombre y de un seudónimo.

Ignoro si Iyair tenía inclinaciones narrativas previas a la posesión de aquel espejo pero difícilmente un hombre rechaza la posibilidad de que la propia palabra no muera jamás. Ignoro si Iyair siguió siendo Iyair o si fue otro para siempre.

Eso sí: las instrucciones anónimas y repetidas de boca en boca eran inequívocas. Y se limitaban a una sola cosa: la rotura del espejo debía ser casual.”

Tengo en mi casa, un departamento con estilo retro, como le dicen ahora, que alquilo en un edificio de diseño moderno, algunos muebles clásicos que muchos visitantes envidian. De a poco lo he ido abasteciendo de detalles originales, conforme mi nivel económico fue acrecentándose. He tenido algunos logros profesionales, como me gusta llamarlos, a pesar de que la crítica especializada me ha despedazado en más de una ocasión. Algunos de sus integrantes han estado en éste, mi lugar de trabajo. Se han sentado en esos sillones que he conseguido de anticuarios de San Telmo, aunque el primero de esos locales que conocí ya no exista más. Cerró al poco tiempo y no supe por qué. A esos visitantes, que fingen respeto pero desprecian mi trabajo, me gusta invitarlos. Luego de colgar su abrigo, suelen arreglarse el cuello de la camisa, o el puño de un suéter al mirarse, vanidosos, en el espejo que tengo a metros de la puerta. Algunos, incluso, elogian su marco labrado y se apenan que lo pulcro del reluciente vidrio espejado contraste con lo antiguo de lo artesanal. Pero yo les explico de cuando una señora que hacía la limpieza en casa tuvo la torpeza de romper el vidrio del espejo al lustrarlo, actividad que tenía a bien realizar dos veces por semana en mi presencia, conforme a mis instrucciones, y entonces debí renovarlo.

Lo lamentan y ni reparan en la cajita de lata que a pocos metros y sobre la cómoda oculta un cuento inédito de cierto escritor, y que si yo lo publicara bajo mi firma, no sólo no sería reconocido en su autoría original sino que incluso sería despreciado.

Pero qué se le va a hacer. Gajes del oficio.

Dr. Miguel Eduardo Redélico

ENFRASCADA

Se asoma primero como un pequeño hilo, casi imperceptible. Sale de un orificio. Ella sigue hablando, ajena a esta situación y yo no la escucho. Su voz parece un eco que retumba en un frasco de vidrio en el cual estamos su cara y yo y nadie más. O más bien su nariz y yo, porque nada más que esa sangre me interesa en este momento. Esa, su sangre y yo.

Nos encontramos en la calle. Sofía venía del banco, había ido a pagar el gas y yo de la farmacia. Prácticamente nos chocamos en la esquina de Sarmiento y Esmeralda. Hacía tiempo que no nos veíamos y nos pusimos a charlar. Me contaba de sus nietos, de cuánto crecieron, de sus rutinas. También me habló de sus hijos y de su relación con su ex, la cual había mejorado en los últimos meses.

A cada tanto logro meter algún bocado y alcanzo a comentarle sobre mis clases de spinning y el último viaje al exterior. Pero ella vuelve a adueñarse de la conversación -devenida monólogo- y continúa pasando revista de su vida familiar.

Aumenta el caudal, deja de ser un mero hilo y pasa a convertirse en un chorro con cierta consistencia. Ella pasa el dorso de su mano para limpiarse. Es evidente que el líquido espeso se le adhiere a la piel y empieza a molestarle. Una gota se desprende y cae sobre su remera gris. Queda estampada una mancha tan bien ubicada que parecía haber pertenecido siempre a la remera, sus bordes se expanden en forma de estrella y se impregna en la tela. Sofía mira, primero a su mano ensangrentada y después a mi como si pudiera darle alguna respuesta. La sangre brota de los dos orificios, sus labios se colorean de un falso rouge y se acumula en las arrugas del cuello. Cae desplomada.

En pocos segundos unas cinco personas la rodean, desconocidos que se acercan para saciar una simple curiosidad, atraídos por el olor a sangre, por la posibilidad de la muerte misma o, quizás, por un fin más altruista como ayudar al prójimo.

Está ahí, tendida, con la cartera aún colgada del hombro, la pollera retorcida y la remera gris semi levantada. Hasta uno de sus zapatos -unas chatas color plata- se desplazó dejando al descubierto un talón percutido.

Yo no puedo escuchar, solo veo: pares de ojos incrustados en los míos, dedos que se deslizan geométricamente en las pantallas de los celulares, labios que se unen y vuelven a desunir. Ni siquiera puedo mover los brazos, mis falanges sufren una rigidez momentánea y las articulaciones no reaccionan. Pero yo sigo enterrada en este frasco de paredes gruesas. Inmóvil, paralizada. En eso nos parecemos con Sofía: ella arrumbada en una superficie plana, estática como una roca. Yo, como si fuera de granito tallado, pero de pie.

La ambulancia no tarda en llegar. Dos enfermeros enfundados en ambos verdes maniobran velozmente y el cuerpo inerte de Sofía queda extendido sobre la camilla, listo para el traslado. Uno de ellos me hace un gesto, presumiblemente pidiéndome información sobre ella. Pero yo sólo puedo ver detrás del vidrio incoloro los movimientos bruscos, esperables por cierto, en un momento de tensión. Reitera el gesto varias veces y como mi respuesta es siempre la misma,

desiste y sube al vehículo. Pueden haber pensado que estoy loca, y de ser así no los podría juzgar. Una rabia debe haber crecido por sus adentros, un desprecio hacia mí. También un hombre alto que asoma detrás de una cabellera rojiza me reprocha, por lo bajo. Me doy cuenta por su cara inflamada de furia.

La ambulancia arranca, el rojo ulula -porque eso suelen hacer las sirenas- sobre el techo, se abre paso entre lo imposible como siempre sucede cuando la muerte puede más que lo cortés.

Una especie de cráter queda en la vereda. Abarca exactamente el lugar donde estuvo Sofía y algún metro más a la redonda. Yo, la loca, estoy parada al borde del precipicio, mientras esos que hicieron las veces de turistas o misericordiosos se empiezan a ir. Cuanto más vacío queda más grande es el agujero y más sangre se necesita para llenarlo

Grito, le grito a ella aunque es tarde para que me escuche. Ni ella ni nadie pueden oírme. Pero le tengo que decir que es de él de quien siempre estuve enamorada, y que es por mí por quien la dejó.

Ahora que ya pude hablar empiezo a liberarme de este frasco que me ahoga, justo ahora que la ambulancia dobla y la pierdo de vista. Y con ella a Sofía. Pero no es tan simple, tengo que esperar: primero se produce un temblor que abarca mi cara, mis párpados alcanzan a caer justo antes de que mis pupilas estallen. El vidrio comienza a desmoronarse, y una avalancha de aire y hollín se pega en mi piel. Siento el hedor a calle altamente transitada en pleno verano. Un caño de escape me escupe el pelo. Los ruidos de ciudad trepan desde las plantas de mis pies hasta el cráneo. Y cuando llegan a mis orejas entran sin pedir permiso y me destrozan el tímpano.

No sé si se mantuvo en el aire pero la sangre cae después. Cubre el cráter, es como si una manta roja se extendiera.

Se asoma primero como un pequeño hilo, casi imperceptible. Sale de un orificio. Después se topa con mi labio superior y la saboreo. Llevo mi mano hacia la nariz y palpo el líquido. Una gota cae, justo sobre mi remera gris, la que en algún momento del día (¿cuándo me vestí esta mañana?) fue simplemente blanca.

Geranio
Dra. Silvina Sartelli

VENÍ QUE TE CUENTO

¿Qué hacés Cachito, que contás tanto tiempo? ¿Qué alegría de verte, mi viejo! Vení Cachito, vení, sentate acá conmigo, vení que te cuento. ¡Mozo, un café acá para el maestro Cachito! Qué cosa che, lo que es el destino. Tanto tiempo sin vernos y te vengo a encontrar justo hoy que me pasó algo increíble. Sentate tranquilo, te dejo acomodarte primero. Qué bien que estás Cacho, estás siempre igual, una cosa de locos. ¿Seguís pateando tribunales? ¿Qué ganas eh! Bueno, pero no te podes quejar, después tenés un mes y medio de vacaciones con eso de las ferias que tienen ustedes. ¡Cómo te sonreís guacho, sabés que es verdad lo que te digo! Pero te estoy jodiendo, Cachito, si yo sé que vos sos un laburante como nosotros. Sos buen tipo Cacho, eso es lo que sos, porque con nosotros nunca tuviste ninguna obligación por ser del mismo barrio nomás, y sin embargo creo que ya nos arreglaste quilombos a todos. No sabés como defiendo yo a los bogas cuando algún gil de por acá habla pavadas. Porque es muy fácil meterlos a todos en la misma bolsa, pero vos sos un distinto, vos le das una mano a todo el mundo. Entonces yo no puedo permitir que digan que todos los abogados son unos garcas o que se quedan con guita que no les corresponde. Vos jamás te cagarías en alguien Cachito, y menos que menos te quedarías con guita que no te corresponde. ¡Si a nosotros ni nos quisiste cobrar cada vez que te caímos con un martes 13!. Ahí es donde yo les digo “ustedes son unos giles que se dejan cagar, si yo les dije mil veces que conozco al mejor abogado, un tipo honesto y laburante”. No, de verdad te digo, vos sos de fierro. Yo te levanto clientes y después vamos y vamos. No, mentira Cachito, ¡si con todas las que me hiciste vos te debo la vida! Ahí está el café para vos. Gracias, mozo, cuando pueda, otro para mí. Te decía que me pasó algo increíble. No sé si estás preparado para escucharlo, ¿estás bien acomodado? Agarrate fuerte de la mesa que es muy fuerte: me enamoré, Cachito. ¡No te rías boludo! Sí, ya sé, ni yo puedo creerlo, pero es amor, de verdad. Escuchame, habré sido un tiro al aire toda mi vida, pero esta vez te juro que me enamoré. La tendrías que haber visto, te enamorabas vos también te digo. No, no te estoy diciendo que la ibas a cagar a tu jermu, que es una reina, lo que te digo que es una de esas minas que te maravillan, de las que te vuelan el bocho fuerte, que no es para pasar el rato, a eso me refiero. Es de las que querés que se quede a cenar, ¿me entendés? No de las que querés que se convierta en pizza o que después del asunto le preguntás si le llamás un remis. No, querido, nada de eso. Esta es una de esas minas a la que le querés preguntar como estuvo su día, o que quiere que le cocines, o llevarle un ramo de flores cada tanto, ¿viste? No te rías, che, que yo también puedo ser un romántico acá donde me ves. Lo que pasa es que los tipos cuando nos enamoramos somos medio boludos, vos sabés como es esto. Sí, dale, ¡no te hagas el salame que yo me acuerdo muy bien cuando empezaste a salir con la Turca, eh!. Tres veces te dejaste la carpetita esa por los juzgados. Todavía eras un estudiante que recién arrancaba a laburar. Y mirate ahora, Cacho, el gran doctor. Te lo ganaste en buena ley, laburando siempre. Pero que en esa época estabas hecho un boludo, estabas hecho un boludo. Y esta es de esas minas, de las que te dejan boludo, con las que bajas la guardia y hasta quedás medio como un dominado. ¿Te acordás de la vez que vino esa parejita que se estaba por casar y se pusieron al lado de nuestra mesa a hablar del casorio? ¡Cómo nos cagamos de risa esa tarde, por favor te pido! La mina no paraba de bajarle amigos de la lista. Qué desesperación que tenía, pobre pibe. ¿Te acordás que le pidió por favor que lo deje invitar a uno porque era el capitán de fútbol del equipo de los sábados? Mirá que hay que ser boludo para dejarse basurear así. Encima la mina le decía que iba a invitar a la modista porque habían pegado buena onda. Esas cosas te hace enamorarte, Cachito, perdés el horizonte y te abrochan en la primera de cambio. Cómo son

las minas, que cosa bárbara. Pero esta me pegó fuerte, que querés que te diga. Te cuento un poco como fue la cosa. Estaba en la parada del colectivo viniendo para este lado, esperando el bondi nomás, y de repente la veo que se va acercando. Ya a mitad de cuadra estaba en condiciones de afirmar que era un minion infernal, una cosa de locos. Tenía unas gambas de acá hasta allá, con una faldita medio cortina, viste como son las minas ahora para vestirse. De cuerpito venía bien, no era una de esas escuálidas que si te la apretás parece que se te va a romper, ni tampoco era de esas que no te dan los brazos para rodearla, ¿me entendés? Venía bien, tenía carne, como me gustan a mí. A medida que se fue acercando, yo me iba haciendo medio el sota para que no se diera cuenta que la estaba fichando, entonces miraba para un lado, miraba para el otro, me bajaba a la calle para ver si venía el colectivo y me volvía a sentar en la parada. También un poquito de movimiento para que la mina me notara, yo no soy chiquito justamente, pero cuando vas y venís un poquito, la mina te ve, te hacés notar. Llega hasta la parada y ahí la miré bien mirada. No te puedo explicar, Cachito, los ojos azules que tiene esta tipa, impresionantes. Ahí nomás pensé “de esta mina me enamoro”. Fue así de una como te la cuento, un flechazo. ¿Sabés a quien me hicieron acordar esos ojazos? A la gorda María Clara. ¿Te acordás de la gorda María Clara, Cachito? ¡Ese sí que era un camión con todas las letras, papá! ¡Qué ojazos que tenía! Bah, que tiene, porque todavía está viva. Me la crucé no hace mucho, no te conté nunca, ¿no? Me saludó ella a mí, porque yo venía paveando como siempre. Me pegó un abrazo que casi me voltea. Sigue igual de linda que cuando era joven, con las cosas típicas del paso del tiempo, claro está. Nosotros tampoco somos unos pendejos, ¿o me vas a decir que teníamos estas canas de pibes nosotros? Pero está divina la guacha. Se casó, tiene dos pibes casi de la misma edad que los tuyos y, escuchate esta que te caés de culo, es directora de un museo copetudo de Capital. Ahí la tenés. Nosotros que la boludeabamos en el colegio con que se la pasaba haciendo boludeces de dibujitos, cosas con palitos de helado y que se yo, y ahora la tipa está ahí, dirigiendo un museo. Pensar que yo lo único que supe hacer toda la vida con los palitos de helado, era comerme lo que venía antes. No te rías, boludo, de verdad te digo, si tengo menos habilidad que un manco para esas cosas. Igual cómo nos queríamos con la gorda. Como te hace cambiar de parecer el tiempo y la distancia, ¿no? Pensar que nosotros como unos giles le decíamos “la gorda María Clara” porque la mina tenía más carne que el resto de las tablas que eran nuestras compañeras. Mirá si seríamos boludos, Cachito. Pensar que hoy la ves y te digo que te quedás boquiabierto, babeando como un perro de Pavlov con la campanita. ¿Cómo que cómo sé eso? Yo soy un tipo muy leído, Cacho, me extraña. Sí, sí, tenés razón, lo vi en la tele el otro día. Quedó clavada en un canal cultural de no sé qué mierda y el control se me quedó sin pilas. Ya estaba tirado en la cama, y si me levantaba era sólo para apagarla, pero todavía era temprano para dormirme, así que lo dejé y lo miré. Resulta que a los perros cada vez que le daban de comer... ah, ¿ya lo conocés? Está bien, sigo entonces. Con la mina medio que empezamos a relojearnos mutuamente. Cada tanto yo la miraba y me daba cuenta que me estaba mirando y se hacía la que estaba buscando algo en la cartera o cosas así. Miraba el reloj, bajaba a la vereda y se volvía a sentar. Era obvio que quería que la mire, estaba desfilando para hacerse notar. En un momento me dice “discúlpame, ¿hace mucho que estás esperando?” y me sonrío. Qué obvias que son las minas a veces, che. Quería hablar conmigo y la mejor manera de arrancar fue esa. Convengamos que es mucho mejor que “tiempo loco, ¿no?” y esas frases de ascensor que ya te sacan las ganas de hablar. ¿Te conté alguna vez que Marcelo tiene un cuadernito con frases para empezar un levante? No, no te voy a hacer rima. Marcelo Rinaudo, el que tiene la zapatería sobre Sarmiento. El tipo tiene estudiadas frases para empezar una conversación cuando va a boliches. Algunas están buenas, pero otras van por el lado del absurdo, entonces busca que la mina se

cague de risa y ahí arranca. Es que el tipo gana mucho por el lado del humor, vos viste lo que es. Digamos que no se le va a acercar ninguna para preguntarle si es modelo justamente. Pero el tipo las encara y le dice por ejemplo, “hola, ¿cómo estás? Te hago una preguntita: ¿vos sabés qué distancia hay entre la tierra y la luna?”, y las minas por lo general contestan “no”, y él les pregunta “¿y la velocidad exacta de la luz?”, y vuelven a responder que no, entonces él les dice “ay, yo tampoco, ¡tenemos tanto en común!” y algunas se ríen, entonces se les queda hablando. Gana por ese lado Chelo, por el absurdo. Pero a mí la verdad que esa no me va, yo soy más tradicional. Entonces la mina esta me preguntó si estaba esperando hace mucho. Sin darle mucha bola, como haciéndome el desinteresado, sin mirarla, le dije: “hará unos cinco minutos”. Y la mina la sigue “ay, voy a llegar tarde”. La podría haber cortado ahí, en la pregunta y la respuesta nomás, pero no, quería seguir hablando, seguí buscándome charla. Y yo me podía hacer el boludo y quedarme en el molde, calladito, pero tampoco me quería poner en estrella. No fuera cosa que la mina pensara “¿pero qué le pasa al boludo este? ¿De que la juega?”. Además, hay que ser caballero, porque ella estaba haciendo un comentario y queda feo que la deje hablando sola. Era ella la que había arrancado. Yo estaba tranquilo en la parada, sin joder a nadie, y ella me habló a mí. Así que le contesté. “¿Llegás tarde al laburo?”. Tranqui también, como quien no quiere la cosa, para ver la reacción de ella a la pregunta. Y me contestó. Me contó que era el tercer día en su nuevo trabajo, que se le había roto el zapato a una cuadra de la parada y se tuvo que volver hasta su casa a cambiarse y que seguro se había perdido el colectivo anterior, que es el que la deja bien. Y ahí medio que nos quedamos charlando de huevadas. Que era la secretaria del gerente de una empresa, que el sueldo era masomenos pero que le servía para pagarse un curso que estaba haciendo y también para darle una mano al viejo con los remedios, que el padre estaba medio jodido pero que iba a salir de esta como salía de todas porque era un luchador, pero que después de que murió su abuela medio que se había caído un poco y encima le tenía que levantar el ánimo a él cuando ella también estaba hecha pelota, que su pasión era la peluquería pero que por ahora no se podía largar sola y que el sueldo en un laburo así no le alcanzaba para nada, menos que menos con el precio de las cosas, que era una locura lo que salía hasta una docena de huevos, y siguió así hasta que llegó el bondi. Saca boleto y, escuchame bien porque esto es importante, se va a sentar en un asiento de a dos, y se sienta del lado del pasillo. De la mano derecha había tres lugares libres para sentarse de a uno, y del lado izquierdo había dos lugares para sentarse de a dos. Decime vos, ¿para qué se sentó en el lugar que es de a dos pudiendo sentarse sola? ¿y por qué del lado del pasillo? Yo te voy a decir para qué: se sentó en el de a dos del lado del pasillo para que yo me sentara al lado y seguir con la charla. Ya está, Cachito, más claro echale agua. ¡Me estaba buscando! Y con ese lomo, alcanzame papa fritas. Medio que amague a sentarme en el lugar de a uno, para ver la reacción de la mina, y abrió los ojos bien grandes, mientras me seguí con la mirada. Se corre para dejarme pasar, me sienta al lado, le ficho la mano izquierda y veo que tiene un anillo. Y ahí nomás le digo “¿y a tu marido no le jode que hables con desconocidos en el bondi?”, como para que se diera cuenta que la estaba mirando bien mirada, ¿viste?, y que supiera que a mí no me iba a engrupir así nomás. Hay que estar atento a todo, porque hay algunas que te dan vuelta como una media si no. A mí no me jodía que estuviera de trampa, eh, no era eso. Lo que yo no quería era que la mina pensara que yo era un improvisado, porque cuando me quieren mostrar que tienen calle, yo les muestro que tengo calle, cordón y vereda, Cachito. A esta no se la veía pendeja pendeja, pero era jovencita. Y viste que las minas de ahora se piensan que se la saben todas. Querida, cuando vos estabas conociendo los bares, ¡a mí ya me habían echado borracho de todos! Pero esa experiencia se las tenés que hacer sentir. Ahí la mina me dijo que no estaba casada, que era un anillo que usaba

desde hacía muchos años, me mostró que no tenía ninguna inscripción ni nada y yo le dije que estaba bien, que le creía. Seguimos con el chamuyo todo el viaje. Cada tanto me hacía el distraído y le rozaba la mano que tenía apoyada arriba de la cartera, como para que sienta esa electricidad de la atracción de la piel, porque se notaba a la legua que tenemos piel, que hay onda. En una de esas me dice “en la próxima me tengo que bajar”, lo más campante. ¡Avisame con tiempo esas cosas! La estaba jugando de difícil. Me viene dando charla todo el viaje y de una me dice que se baja a 200 metros. ¡Cómo les gusta ese jueguito, qué cosa! Ni lerdo ni perezoso le digo “entonces te tengo que pedir el teléfono ahora”. “Hay que ver si te lo quiero dar” me devuelve, y me sonrío. La mina sabía que yo ya estaba entregado, pero no podía bajar la guardia, no querido, no podía rogarle que me lo diera, pero tenía que buscar la forma de hacer que ella me lo quisiera dar. Ese es el problema de las minas que se saben lindas. Porque una mina que se sabe fulera no te hace eso, ni a palos. A una medio pelo, medio baqueta, le decís que querés el teléfono y te lo larga de una, poco menos que te da un afiche con el número para que no lo pierdas. Lo que hay que reconocerle a las que son medio bagayitos, es que son cumplidoras. Como que se esfuerzan más en el acto, ¿no te parece?, como para compensar pienso yo. La que está medio flojita te lo compensa por otro lado, ese es el riesgo de las minas lindas, ¿sabés?. Ojo, no quiero que te lo tomes a mal tampoco, porque tu jermu es linda y yo no quiero que vos pienses que yo creo que entonces no se esfuerza en el asunto. Yo no pienso para nada en tu jermu, ni bien ni mal. Por lo que la conozco es buena mina y punto, hasta ahí llega mi opinión de ella, porque las mujeres de los amigos para mí tienen tegobi, es así. Te venía diciendo, el riesgo de las minas lindas es ese. Por ahí viene todo bien, la encarás y te la levantás como un campeón, toman algo, le das a la labia, la convences de irte para algún lado, y en el medio de la cosa, la tipa no hace nada de nada. Que esto así no me gusta, que aquello no lo hago, que esto mejor no. ¿Pero quién sos? Ni que fueras tan linda para ser tan jodida, nena, raja de acá que prefiero quedarme solo mirando tele y después pegarme una siesta antes que seguir con vos y tus caprichos de princesa. La cosa es que la mina se me estaba haciendo la difícil con el tema del teléfono. Y ahí nomás desempolvé al romántico y le espeté: “es que es el destino el que hizo que nos encontráramos en esa parada. Tu zapato roto, justo yo que venía para este lado...”. Le tenías que ver la cara, Cacho. Una sonrisa de oreja a oreja me hizo. La maté con esa frase, le di el toque de gracia. Les gusta que les digas esas cosas medio de cuentito de hadas, que les digas que es el destino, que lo juntó el universo y esas giladas. ¿Cómo? No, no me lo dio, pero escuchá, la mina toca el timbre y me dice “si es el destino, entonces nos vamos a volver a encontrar sin que te de mi teléfono” y se baja. Estaba conmigo, Cacho, era obvio, pero está jugando fuerte, nada más. Me quedé mirándola desde el bondi y cuando empieza a avanzar me tira un beso. ¿Y después? Después me vine para acá, Cacho, hoy fue todo. Sí, hace un rato, viniendo para acá. Es amor, boludo, de verdad te digo. Mañana vuelvo a la parada del bondi a la misma hora. Sí, yo creo que nos vamos a volver a encontrar. No la vas a poder creer cuando un día caigas acá y me veas sentado con la flaca esa. ¡Uh, mirá la hora que es, como te entretuve, Cachito! ¿Te tenés que ir de raje? Andá, andá tranquilo. No viejo, olvidate, te lo invitó yo el café. Sí, seguro, seguro. Dale, la próxima lo invitás vos, no te hagas problema. Chau, chau. Saludos a tu señora y a los chicos. Chau, Cachito, suerte. ¡Eh mirá quién entra! ¿Qué hacés por acá, Mencho? ¡Qué alegría de verte! Vení Mencho, vení, sentate acá conmigo, vení que te cuento. ¡Mozo, un café acá para el maestro Mencho!

Dr. Sebastián Gabriel López Sosa